**Jesús en el templo a la edad de doce años** 

Además del relato del nacimiento de Jesús, san Lucas nos ha conservado también una breve y preciosa pieza de la tradición sobre la infancia; en la que resplandece de forma peculiar el misterio de Jesús. Nos dice que sus padres iban todos los años en peregrinación a Jerusalén para la Pascua. La familia de Jesús era piadosa, observaba la Ley.

En las descripciones de la figura de Jesús se muestra a veces casi sólo lo revolucionario, el comportamiento de Jesús contra una falsa piedad. Así, Jesús aparece como un liberal o como un revolucionario. En efecto, Jesús ha introducido en su misión de Hijo una nueva fase en la relación con Dios, inaugurando **una nueva dimensión de la relación del hombre con Dios**. La libertad de Jesús no es la libertad del liberal. Es **la libertad del Hijo**, y por ese mismo motivo es también la libertad de quien es verdaderamente piadosos. Como Hijo, Jesús trae una nueva libertad, pero no la de alguien que no tiene compromiso alguno, sino **la de aquel que es uno con la voluntad del Padre y que ayuda al hombre a alcanzar la libertad de la unión interior con Dios**.

**Jesús** no **vino** para abolir, sino **para llevar a cumplimiento** (*Mt* 5,17). Esta conjunción entre una novedad radical y una fidelidad igualmente radical, que procede de su ser Hijo, aparece precisamente también en el breve relato sobre Jesús a los doce años; más aún, diría que es el verdadero contenido teológico al que apunta el pasaje.

Volvamos a los padres de Jesús. La *Torá* prescribía que todo israelita debía presentarse en el templo para las tres grandes fiestas: **Pascua**, **la fiesta de las Semanas y la fiesta de las Tiendas** (*Ex* 23,17; 34,23s; *Dt* 16,16s). La cuestión sobre si las mujeres estaban obligadas a esta peregrinación estaba en discusión entre las escuelas de Shamai y de Hillel. Para los niños, la obligación entraba en vigor a partir de los trece años cumplidos. Pero también se aplicaba al mismo tiempo la prescripción de que debían ir acostumbrándose paso a paso a los mandamientos. Para esto podría servir la peregrinación a los doce años. Por tanto, el que María y Jesús hayan participado en la peregrinación demuestra una vez más la religiosidad de la familia de Jesús.

Pongamos atención al sentido más profundo de la peregrinación: al ir tres veces al año al templo, Israel sigue siendo, por así decirlo, **un pueblo de Dios en marcha**, un pueblo que está siempre en camino hacia Dios, y recibe su identidad y su unidad a partir del encuentro con Dios en el único Templo. **La Sagrada Familia** **se integra** **en** esta gran comunidad que comparte **el camino** hacia el Templo y **hacia Dios.**

Durante el viaje de regreso sucede algo inesperado. Jesús no viaja con sus padres, sino que se queda en Jerusalén. Sus padres lo notan sólo al final del primer día del retorno de la peregrinación. Para ellos era claramente del todo normal suponer que él estuviera en alguna parte dentro del grupo de los peregrinos. Lucas llama a la comitiva *synodía* —«***comunidad en camino***»—, el término técnico para la caravana. Esto nos muestra de manera muy hermosa que en la Sagrada Familia la libertad y la obediencia estaban muy bien armonizadas una con otra. Se dejaba decidir libremente al niño de doce años el que fuera con los de su edad y sus amigos y estuviera en su compañía durante la caminata. Al caer la tarde, le esperaban sus padres.

El que no apareciera, nada tiene que ver con la libertad de los jóvenes, sino con otro orden de cosas, como se pondrá de manifiesto plenamente después: apunta a la particular misión del Hijo. Para los padres comenzaron días de gran ansiedad y preocupación. El evangelista nos dice que sólo después de tres días encontraron a Jesús en el Templo, donde estaba sentado en medio de los maestros, mientras los escuchaba y les hacía preguntas (*Lc* 2,46).

Los tres días se pueden explicar de manera muy concreta: María y José habían marchado hacia el norte durante una jornada, habían necesitado otra jornada para volver atrás y, por fin, al tercer día encontraron a Jesús. Aunque los tres días son ciertamente una indicación temporal muy realista, es preciso sin embargo dar la razón a René Laurentin cuando nota aquí una callada referencia a los tres días entre la cruz y la resurrección. Son días de sufrimiento por la ausencia de Jesús, días de oscuridad, cuyo peso se percibe en las palabras de la madre: «*Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados*» (*Lc* 2,48). Así, desde la primera Pascua de Jesús se extiende un arco hasta su última Pascua, la de la cruz.

La misión divina de Jesús rompe toda medida humana y se convierte para el hombre una y otra vez en un misterio oscuro. En aquellos momentos se hace sentir en María algo del dolor de la espada que Simeón le había anunciado (*Lc* 2,35). **Cuanto más se acerca una persona a Jesús, más queda involucrada en el misterio de su Pasión.**

La respuesta de Jesús a la pregunta de la madre es fortísima: *«¿Cómo? ¿Me habéis buscado? ¿No sabíais dónde tiene que estar un hijo? ¿Que tiene que estar en la casa del Padre, en las cosas del Padre?»* (*Lc* 2,49). Jesús dice a sus padres: «*Estoy exactamente donde está mi lugar, junto al Padre, en su casa*.»

En esta respuesta hay sobre todo dos aspectos importantes. María había dicho: «*Tu padre y yo te buscábamos angustiados*». Jesús la corrige: **yo *estoy* junto al Padre**. **Mi padre** no **es** José, sino otro: **Dios mismo**. **A Él le pertenezco y junto a Él estoy**. ¿Acaso puede expresarse más claramente la filiación divina de Jesús?

Con esto se relaciona directamente el segundo aspecto. Jesús habla de un «*deber*» al que se atiene. El Hijo, el niño *debe* estar junto al Padre. La palabra griega *de˜ı* usada aquí por Lucas aparece siempre en los Evangelios cuando se presenta lo que establece la voluntad de Dios, a la que está sujeto Jesús. Él «*tiene que*» padecer mucho, ser rechazado, sufrir la ejecución y resucitar, como dice a sus discípulos después de la confesión de Pedro (*Mc* 8,31). Este «*debe*» vale también en este momento inicial. Él *debe* estar con el Padre, y así resulta claro que lo que puede parecer desobediencia, o una libertad inapropiada frente a los padres, es en realidad precisamente una expresión de su obediencia filial. **Jesús** no **está en el templo** por rebelión a sus padres, sino justamente **como quien obedece, con la misma obediencia que lo conduce a la cruz y a la resurrección.**

San Lucas describe la reacción de María y José a las palabras de Jesús con dos afirmaciones: «***Ellos no comprendieron lo que les dijo***», y «***su Madre conservaba todo esto en su corazón***» (*Lc* 2,50-51). La palabra de Jesús es demasiado grande por el momento. También **la fe de María es una fe «*en camino*», una fe que se encuentra a menudo en la oscuridad, y debe madurar atravesando la oscuridad.** María no comprende las palabras de Jesús, pero las conserva en su corazón y deja que maduren en él poco a poco.

**Las palabras de Jesús son siempre más grandes que nuestro entendimiento**. Superan continuamente nuestra inteligencia. Es comprensible la tentación de reducirlas, manipularlas para ajustarlas a nuestra medida. Un aspecto de la exegesis es precisamente la humildad de respetar esta grandeza, que a menudo nos supera con sus exigencias, y de no reducir las palabras de Jesús preguntándonos sobre lo que «*es capaz de hacer*». Él nos cree capaces de grandes cosas. **Creer es someterse a esta grandeza y crecer lentamente en ella.**

De este modo, Lucas presenta conscientemente a **María** como **la creyente ejemplar**: «*Dichosa la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor, se cumplirá*», le había dicho Isabel (*Lc* 1,45). Con la observación, dos veces repetida en el relato de la infancia, de que María conservaba las palabras en su corazón (*Lc* 2,19.51), Lucas remite a la fuente a la que recurre para su narración. Al mismo tiempo, **María** no **se presenta** sólo como la gran creyente, sino **como la imagen de la Iglesia, que acoge la Palabra en su corazón y la transmite.**

«*Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad... Y* ***Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres***» (*Lc* 2,51s). Después del momento en que había hecho resplandecer la obediencia más grande en la cual vivía, Jesús vuelve a la situación normal de su familia: a la humildad de la vida sencilla y a la obediencia a sus padres terrenales.

Jesús crecía no sólo en edad sino también en sabiduría. Con la respuesta del muchacho de doce años ha quedado claro, que conoce desde dentro al Padre — a Dios—. **Solo Él *conoce* a Dios**: No sólo *conoce* a Dios a través de seres humanos que dan testimonio de Él, sino que lo reconoce en sí mismo. Como Hijo, Él vive en un Tú a Tú con el Padre. Vive en su presencia. Lo ve. Juan dice que Él es el unigénito, «*que reposa en el corazón del Padre*», y por eso lo puede dar a conocer (*Jn* 1,18). Esto es precisamente lo que se hace patente en la respuesta del muchacho de doce años: Él está junto al Padre, ve las cosas y las personas en su luz.

Pero, por otro lado, también es cierto que **su sabiduría *crece***. En cuanto hombre, no vive en una abstracta omnisciencia, sino que está arraigado en una historia concreta, en un lugar y en un tiempo, en las fases de la vida humana, y de allí recibe la forma concreta de su saber. Así se muestra aquí de manera muy clara que Jesús ha pensado y aprendido de manera humana.

Se manifiesta concretamente que Él es verdadero hombre y verdadero Dios, como lo formula la fe de la Iglesia. El profundo entramado entre una y otra dimensión, en última instancia, no lo podemos definir. Permanece en el misterio y, sin embargo, aparece de manera muy concreta en la narración sobre el muchacho de doce años; una narración que abre así, al mismo tiempo, la puerta a la totalidad de su figura, que después se nos relata en los Evangelios.

**Práctica semanal:** Orar por los padres que sufren por la lejanía espiritual, física o moral de sus hijos. Por los que no ven con claridad que sus hijos son un don que Dios les prestó, son de Él, que no pretendan apropiárselos.